Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida.- **FEDERICO GONZALEZ SUAREZ,** Arzobispo de Quito

Publicación bimestral	Distribución gratuita

Año VIII	Marzo y Abril de 1944 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 3 y 4

Dinámica de la democracia americana

Costa Rica

(Fragmento)

En abril del año de gracia de 1943, vió la luz pública en La Habana (Cuba), un libro que lleva por título DINÁMICA DE LA DEMOCRACIA AMERICANA, impreso en los talleres de Ucar, García y Cía. Este libro escrito en colaboración de amigos hispano-americanos, fué editado por la editorial *Autores Reunidos,* que dirige excelentemente Doña Amanda C. Uriarte, distinguida dama nicaragüense y muy alto valor moral e intelectual. A Costa Rica no llegaron más que dos ejemplares, que sus destinatarios por diversos motivos reservaron; empero, nosotros creemos que pasada ya la tormenta eleccionaria, no debmos privar al elemento consciente del país que forma la opinión pública, de conocer el juicio histórico-político que merece Costa Rica en este momento, a un gran escritor, extraño a nuestras querellas de campanario y a nuestras ruindades domésticas, por cuanto habla rudamente de sus cosas; un juicio acerado y cruel, dirán algunos, pero juicio verídico que con pasmosa erudición y un conocimiento profundo y al detalle de la realidad histórica, de los hombres y de los fenómenos políticos de C. Rica, emite este autor que nos conoce bien, y no nos halaga con blandengues caricias de turista interesado. Si gustamos con delectación de las opiniones y los juicios de los viajeros extranjeros que visitaron nuestro país en la pasada centuria, con igual placer y provecho captaremos en estas páginas que reproducimos hoy, la impresión de quién con altura y autoridad, se sitúa ya para juzgarnos en el plano de la verdadera historia.—*J. V.*

La historia de este país constituye una extraña paradoja del principio al fin. Su mismo nombre, Costa Rica, una sangrienta ironía: no existe en el orbe otro más pobre. La colonización y población del territorio, un ininterrumpido clamor de miseria, un grito de angustia, un cuadro de privaciones. Colón, que en todo se equivocó, hasta en la realidad innegable del propio descubrimiento de la América que se interpuso en su ruta a las Indias Orientales, murió en la creencia de que esta Veragua era la zona más rica de cuantas el destino derramó a su paso.

Al recibir Vázquez de Coronado el encargo de continuar la conquista, empresa abandonada por Cavallón, tuvo que enviar anticipadamente socorros a sus paisanos por hallarse en mucha miseria. Talamanca, la región de "todas las riquezas", leyenda sin consistencia ni realidad. Perafán de Ribera, que le sucedió, tuvo que renunciar la Gobernación obligado también por la miseria. Aquí todos perdieron cuanto trajeron o poseían.

La compensación que los colonizadores hallaron en otras partes aquí no la tuvieron por falta de minas y escasez de población. Reducidos a la extrema pobreza tuvieron que cultivar la tierra con las propias manos sin que apenas pudiesen subvenir a las más elementales necesidades. Y fenómeno único: con el aumento de población aumentaron la extrechez y las angustias. En 1709 por la escasez de plata del gobernador y los "cartagos" decidieron que el cacao surtiese efectos de moneda. Las familias en el campo vivían míseramente vistiéndose muchas de ellas con mastate a falta de mejor vestido. Avergonzadas de tal estado permanecían años de años alejadas de las poblaciones en ignorancia absoluta y ni siquiera acudían a cumplir con sus deberes religiosos, hecho extraordinario en aquellas épocas. En 1723, año de la erupción del Irazú, en Cartago "no había médico, ni botica ni venta de comestibles. La mayor parte de los vecinos habitaban en los campos y sólo venían a la ciudad en los días festivos. El traje de las mujeres más lujosas consistía en una saya de picote, mantilla de bayeta verde y sombrero blanco; joyas ninguna. Tal era la miseria de aquellos tiempos". (Fernández Guardia).

En 1787, para remediar la miseria general, la Audiencia acordó que sólo Costa Rica sembraría tabaco, monopolio que tuvo que derogarse en 1792 por la mala calidad del producto que los consumidores se negaban a comprar. El sueldo del Gobernador, lo pagó siempre la Real Caja de Nicaragua. "Durante más de dos siglos y medio de régimen colonial, la existencia de los habitantes de Costa Rica fué de miseria y sufrimiento". (Fernández Guardia)... En su evolución posterior a la proclamación de la Independencia, esta pequeña República pobre llegó a alcanzar un nivel medio de vida y de cultura superior al de sus vecinas centroamericanas; cayó luego en las simas de una decadencia moral, espiritual y política, singularmente durante el período que abarca de 1905 a 1940, para resurgir en este año con la generación de los jóvenes apartados de la cosa pública por el régimen de los "ricardos", en una magnífica evolución de democracia cristiana que coloca al país en la vanguardia de la inquietud y progreso social de nuestra América. El fenómeno es digno de estudio y análisis.

LA GRAN EMPRESA.—Costa Rica se ha diferenciado de las restantes naciones centroamericanas por la ausencia de revoluciones y guerras civiles, ya que de tales

no se pueden calificar las algaradas, riñas y motines que se han sucedido. El esporádico y vulgar despotismo de los Tinoco (1917-1919) no tuvo mayor trascendencia. Luego: vida tranquila, paz material, sucesión presidencial más o menos legal, a tenor de la especial casuística del régimen y pequeñas y fútiles controversias "papeleras" sobre cuestiones caseras. No tuvo dictaduras despóticas ni liberalismos blandos (salvo el gobierno del presidente Cleto González Víquez, el más erudito y culto de todos sus hombres de estado) sino una *suite* de gobernantes bien intencionados y discretos en general: políticamente los días han sucedido a los días y los años a los años dentro de la pequeña cronología de una efemérides familiar. Caminamos, pues, a través de esta historia como en una inmensa llanada sin relieves y sin caminos.

En cien años de vida independiente alumbra un resplandor de pura y auténtica emoción: la guerra contra el filibustero William Walker. Esta jornada pertenece al presidente Juan Rafael Mora, la realizó el general José M. Cañas y le dió calidad un Juan Santamaría, (x) es decir, el alma anónima del pueblo. La guerra contra el filibusterismo dirigida desde arriba y "sentida" por los de abajo, fué el único chispazo de magnanimidad y grandeza que recoge la historia, la única hacia afuera, que es como se han hecho las naciones que poseen capacidad de futuro... después Costa Rica volvió a su concha familiar y a su existencia doméstica sin voluntad para asomarse al mirador del mundo, ajena por entero a las preocupaciones de los pueblos hermanos. Política de avestruz, de expedienteo burocrático, falta de calado suficiente para flotar en la vida internacional.

A la gran llamarada patriótica del 56 precedió, y ello tal vez la explique el gobierno del presidente Braulio Carrillo, casi el único carácter que actuó desde la presidencia. El historiador tico Ricardo Fernández Guardia, insospechable en este caso de Carrillo dice de aquel eximio Presidente: "A este gobernante debe Costa Rica los más sólidos fundamentos de su progreso. Administró las rentas públicas con pureza intachable, decretó los primeros códigos, la organización de los tribunales de justicia; trabajó con empeño, aunque sin buen éxito, en la apertura de un camino a Matina; fomentó el cultivo del café, base de nuestra riqueza, y pagó la parte que a Costa Rica correspondía de la deuda de siete millones de pesos contraída por el Gobierno Federal. Hombre de instrucción muy limitada pero de energía extraordinaria, de inteligencia superior, de laboriosidad infatigable y de severas costumbres, procuró con ardor y entusiasmo el adelanto del país e introdujo el órden y el método en todos los ramos de la administración pública. En la represión de la vagancia y del vicio empleó mano de hierro, inculcando al pueblo hábitos de moralidad, honradez y trabajo que por desgracia se han ido perdiendo. Pero en todo fué duro con exceso; aplicó con demasiada frecuencia y hasta por delitos de poca importancia la pena de muerte; con sus enemigos y adversarios se mostró siempre severo. Testigo presencial de la anarquía que devoraba a los demás Estados de Centro América, su mayor empeño fué salvar a Costa Rica del contagio que la amenazaba".

Y ahí tiene el lector lo sustantivo y grande de los tiempos idos. La paráfrasis la escribió a plena conciencia la oligarquía del régimen: Juan Rafael Mora

(x) *N. de D.*: Véase el estudio crítico que publicamos en este número, sobre este legendario personaje.

y el general Cañas, fueron pasados por las armas. La sensibilidad tica disculpa o "se explica" la ferocidad cometida contra los dos geniales, porque la ejecución fué "legal". En otra zona se la denominaría por su verdadero nombre: asesinato. Carrillo entregó el mando y se expatrió muriendo también asesinado. La indiferencia y la ingratitud aventaron sus cenizas. El general Morazán, llamado por los ticos para deshacerse de Carrillo, cuyo gobierno de edificación se les hacía pesado, arteramente traicionado y sin formación de causa fusilado. La falta de "legalidad" en este caso, sólo puede atribuirse a que el Presidente Morazán no nació en esta tierra.

Características morales.—En la evolución de Costa Rica, desde la primitiva organización rural hasta su actual aspecto de nación moderna, no asoman las constantes positivas que indiquen cuál pueda ser la psicología del país, su espíritu colectivo. Sólo vemos aquellos rasgos anotados antes, que no son de calidad positiva. En el desenvolvimiento de su vida política no se desdibuja recta ninguna y las curvas de su historia, tras de mil sinuosidades y retorcimientos, vuelven al punto de partida. Nótanse ciertos pequeños gestos y hasta determinadas tendencias, pero como si fuese producto de generación espontánea y sin relación ninguna con el pasado ni un futuro, ya arquitecturado. Las tres o cuatro efemérides de vida colectiva que tiene este pueblo, no responden más que al azar de un momento.

Costa Rica da la impresión de una casa de apartamientos de alquiler en la cual se suceden las familias sin relación unas con otras, salvo el lazo económico con el Estado que para este símil hace oficio de casero. Por esto creemos justa aquella frase de un escritor tico, Enrique Macaya Lahmann, al calificarla de "país inédito", aún cuando tal vez sea distinto el alcance que le damos al adjetivo "inédito" aplicado en este caso. Pero son las constantes positivas que permitirían destacar las virtudes colectivas no asoman, o no asertamos a definirlas, observamos en abundancia las negativas, es decir, aquellas que en todo conglomerado social o político constituyen el reverso de la medalla. El anverso, aquí, está por acuñar y el reverso, como veremos, de excesivo relieve.

En la colonia dominó la pobreza y la miseria. Pero junto a ellas una reciedumbre masculina que no abandonó el trabajo, no estancó la población ni paró la colonización. No se conocen el desaliento ni el fatalismo y no obstante la falta de compensaciones de todo orden insisten y persisten en su tarea. En la nación independiente esa reciedumbre desaparece rápidamente y cuando Braulio Carrillo restaura e integra de nuevo la nación puede ésta producir el gran gesto del 56.

Después, volvió la decadencia y para que no resurgieran aquellos creadores de nacionalidad de sus cenizas, la oligarquía ha procurado desfigurarlos calumniándolos en lo permitido por la Hstoria y tratándolos de asesinos, déspotas, duros, etc., según los tiempos y los acontecimientos.

Para explicar el fenómeno en síntesis mejor será ceder la plana a Enrique Macaya Lahmann que examina el panorama tico desde la cresta de 1933 con estos conceptos: "Un siglo, cuya gestación y avance gradual, en su completa perspectiva panorámica, ignoramos del todo. Nada menos que una centuria en que la nación se ha conformado con "vivir" su diaria existencia sin que nadie anhelara,

ni por un instante, de "ver" sobre los hombros de sus conciudadanos y en la lontananza de una centuria de vida autóctona el completo paisaje histórico de su dinamismo vital. El pensamiento patrio (con su necesaria acción subsecuente), nunca ha pasado de ser un pensar y un actuar meramente complementario del momento, oportunista hasta no más, sin trascendencia alguna, limitado directamente a la actividad cotidiana. Se exponen las ideas, día tras día se comentan los hechos, hora tras hora plegándolos íntimamente a las necesidades inmediatas del momento, sin preocuparse por la experiencia del pasado, sin buscar una visión de esperanza salvadora para el porvenir. Todo se limita y se resuelve dentro de una saturación elemental y concreta del momento histórico..." He aquí, pues, el tema básico de la conformación político-social de nuestra patria: *la autonomía ideológica de las generaciones, la falta total de coordinación en la conciencia nacional. Nadie ha tenido, entre nosotros, ni siquiera la intuición vaga de lo que es, y de lo que fué, el alma y el cuerpo de nuestro terruño en todo un siglo que lleva ya de vida independiente.* Sin embargo, se me dirá, existe a través de nuestra historia social y política, una cierta unidad evolutiva de procesos étnicos, que salta claramente a la vista. Es cierto, pero es la unidad del desorden (un desorden de individualidades elementales), del anarquismo ideológico, de la falta de voluntad creativa, de una platitud negativa de subconciencias populares. *Apenas si se podría vislumbrar a lo largo de toda nuestra historia, como su sola afinidad posible, un vaporoso espíritu pasivo de burguesía democrática".*

A la falta de constantes positivas, siguió rápidamente la degeneración del carácter y la disolución de toda moral individual y colectiva, hasta la aparición del presidente Braulio Carrillo quien no sólo indujo al país, en la constituyente de 1838, a asumir la plena independencia en vista de la anarquía que devoraba a los demás Estados de Centro América y a crearse una patria digna y fuerte, sino que se consagró con verdadero afán y sacrificio a rehacer al tico devolviéndole sus hábitos originales de moralidad, honradez y trabajo. Y lo consiguió, si nos atenemos al estudio de Fernández Guardia, "La guerra de la Liga y la invasión de Quijano": "Esta moralidad admirable se debía a la férrea mano de Carrillo, cuyos efectos benéficos se hicieron sentir durante más de un tercio de siglo. Infortunadamente ha venido después en constante descenso a causa de una excesiva indulgencia; y no obstante la ola de crímenes y delitos que amenaza convertir a la ejemplar Costa Rica de Carrillo en un paraíso de los malhechores y truhanes de toda laya, la impunidad ha llegado a ser entre nosotros casi corriente. Por este camino iremos al abismo, si Dios no nos depara otro Braulio Carrillo".

El eminente historiador emitía estos conceptos de juicio histórico y de comparación después de más de treinta años de régimen de los *ricardos*, en el cenit del módulo gubernamental implantado por el Lic. Ricardo Jiménez Oreamuno y éste en su tercera y perfeccionada presidencia de corrupción moral y de desintegración política. De lo que puede deducirse, tanto de las observaciones de Macaya Lahmann como del juicio de Fernández Guardia, tan distintos ambos en años, formación e ideología, que Costa Rica o no ha tenido clase directora o si la tuvo quiso con voluntad deliberada que así ocurriesen las cosas. Veámoslo someramente.

La oligarquía de los Riquillos.—Esa "unidad del desórden, del anarquismo ideológico, de la platitud negativa y de la falta de voluntad creativa" que señala el sociólogo como característica (negativa) del proceso evolutivo costarricense, ¿cómo y por quién ha prevalecido?

No obstante la inexistencia de diferencias raciales, sociales y hasta económicas (denominador común del país era la pobreza general) a pesar de que la masa de la población se ha desenvuelto en la altiplanicie, en una pequeña zona que abarca las ciudades de Cartago, San José, Heredia y Alajuela, (la más distante, a una hora escasa de auto) lo cual implica lógicamente una intensa vida de relación y una comunidad casi íntima de intereses y sentimientos comunes, el localismo es el rasgo colectivo de su desarrollo político y dentro de cada uno de esos compartimentos casi estancos que representan esas ciudades (San José exceptuado), una suma aritmética de individuos sin nexo ideal alguno, sin idea sensibilizada ni exteriorizada en el grito o en la lucha por un alma colectiva.

Desde luego, ya queda apuntado en el paréntesis, San José contenía un núcleo vivo, rico y expansivo de tendencia "nacional" por lo que sin ser capital oficial había desplazado ya a Cartago que fué el elemento nuclear de la colonia. Lo demuestra un cartago auténtico, de los de antes, y un Jiménez legítimo, don Manuel de Jesús, en sus pulcros y sugerentes "Cuadrós de Costumbres": "Sus hombres—los de San José—, más accesibles a las evoluciones del progreso: alli tenían a don Juan Mora que valía por todos los de Cartago". Esto explica que al constituirse el Estado dentro de la Federación Centroamericana, su primer jefe fuese un josefino y bajo Carrillo, la ciudad adquiriese en efectividad la capitalidad cedida por Cartago, podríamos decir, casi sin resistencia, por no haber sido más que un centro burocrático-rural con esa fisonomía tan sui generis que ha conservado hasta nuestros días y se ha reflejado en los hombres que ha dado a la gobernación del conjunto. (Dentro de toda la América hispana las capitales de la colonia lo son de las repúblicas independizadas a excepción de Cartago en Costa Rica, única que no supo cumplir con su misión histórica integradora. El caso de Nicaragua no es similar ni paralelo, ya que allí la capitalidad se ha discutido y "peleado" por exceso de vitalidad general).

Tan acusado y persistente se manifestó el espíritu lugareño en Costa Rica, que en 1834 la Asamblea Nacional emitió la Ley de Ambulancia que prescribía la capitalidad de cada una de las cuatro ciudades por un mismo lapso de tiempo dentro de un mismo período constitucional, rotación absurda que vino a quebrar Carrillo en ansias de integración tomando por base la flexible civilidad de San José. Y que ha sabido conservar y merecer. El aldeanismo juega todavía hoy papel importante en las elecciones, reparto del presupuesto, etc. "Somos cartagos, alajuelas o heredias",—reivindicación de calidades que no existen ni en la historia ni en la fisonomía ni en el temple,—todavía se emplea en o por cualquier pretexto político; son los josefinos los únicos que raramente usan de la expresión como índice de calidad: y este detalle es ya signo claro de superioridad y de sentido nacional.

Una nación es un conjunto homogéneo, vertebrado y estructurado por minorías selectas y continuadas, ideológica y emocionalmente, que realizan el

ansia imprecisa de los pueblos, dándoles cauce y finalidad concreta. Plasman en la vida política las difusas aspiraciones morales, espirituales y económicas de la masa pero haciéndolas partícipes de sus experiencias y beneficios, instruyéndolas y educándolas cívicamente, porque sin masa no hay pueblo y sin pueblo no hay comunidad estable y próspera. Costa Rica tuvo un pueblo homogéneo hecho de una masa sumamente moldeable, pero no tuvo minorías continuadas ni dirigentes de coordinación o empate de generaciones. Los dos o tres ejemplares momentos de su vida colectiva fueron obra de individualidades fuertes pero fugaces. No existió la clase dirigente en el sentido enunciado anteriormente y "la falta de coordinación de la conciencia nacional" por una clase rectora que aparece en todo proceso social en sus comienzos y hasta su consolidación, y que aquí brilló por su ausencia, trajo la difusa amorfidad de la política, es decir, su inoperancia como Democracia orgánica.

Existió, empero, y prevaleció una pequeña oligarquía agro-mercantil que *quiso* deliberadamente no infundir conciencia nacional al país ni permitió continuadamente el desarrollo de esa potencial democracia que latía y está en la sangre tica. Esta oligarquía que no se conoció en la etapa colonial, se formó al calor del liberalismo político-económico *made in England* que en poco más o menos y con mayor o menor extensión llegó a todas partes. Y ella, los resortes del poder en sus manos, llegó a establecer en el país las tres clases ticas: seis grandes riquillos cafetaleros y otros seis compadres de empresa, veinte familias "aristocráticas" en rotación constante alrededor del Presupuesto y la masa proletaria del campo y la ciudad. (Dentro de este grupo incluímos al proletariado de chaqueta que ocupa los puestos menores de la administración y que forma con el obrero y el campesino una misma unidad de sometimiento).

Esa oligarquía de riquillos se sirvió de los cuarteles para sustituir a los gobernantes "ingratos" o con planes de reforma. La mayoría de los cuartelazos habidos (y no son pocos pese a la democracia exportada) obra suya fueron. El sistema tributario que ha regido en el país es obra de la oligarquía, la base de su existencia y de su poder: Carrillo, en realidad de verdad, cayó por la reforma de la tributación y el presidente González Flores, magistrado bien intencionado pero con un empacho de ciencia económica, depuesto por haberse atrevido a esbozar un proyecto de tributación que no era el tradicional. La despótica tiranía de los Tinoco y la orgía económica de sus dos años, obra fué de ella mediante la cooperación de las veinte familias que exprimen el presupuesto y la complacencia de los leguleyos o sean los "ricardos" de la etapa 1905-40.

Esta oligarquía tacha y persigue como revolucionario a cualquiera que pretenda emanciparse o exija tributación justa. No lo hace a la manera de los dictadores o mandones sino a la "seráfica" del régimen, o sea, con la imposición de una más estrecha hambre sea mediante la cesantía en los puestos públicos o el despido en los negocios o trabajos de la vida comercial del país que ella misma controla. La revuelta para lograr comida o vestido es un crimen de lesa patria y un atentado a las sagradas instituciones "democráticas" que cubren la miseria tradicional del pueblo tico, siempre tan manso, obediente y respetuoso del orden y de la legalidad que le impusieron.

Es la oligarquía de los riquillos cafetaleros y los riquillos de empresa quien acabó, diestramente comanditados por el régimen de los "ricardos", con el "vaporoso espíritu pasivo de burguesía democrática" que descubrió Macaya Lahmann en el pasado de historia política. No vaya a creer el lector que Macaya Lahmann sea un marxista o comunista con hambre: es un hijo de familia de la mejor sociedad.

En los primeros tiempos, la oligarquía designaba al Presidente a través de un sanedrín de ancianos: esas designaciones por lo general resultaron acertadas no tanto porque entonces no existía el peligro de perder la hegemonía política sino también porque en ese tiempo la oligarquía tenía un sentido de patria y se comportaba con decoro, honestidad y conciencia. La perversión comenzó más tarde, cuando ya dispuso de bien redondeada fortuna (para el medio, se entiende, pues, los grandes capitalistas no existieron nunca por la pobreza del país y la escasa población). Por la evolución habida se ensanchó la base del sufragio sin dejar de tomar ciertas garantías electorales, una de las cuales consistía en designar al Presidente por medio de los diputados al Congreso, si ninguno de los candidatos hubiese obtenido mayoría absoluta, cosa imposible en una democracia de opinión consciente y en Costa Rica imposible también porque la oligarquía suscitaba terceros y hasta cuartos candidatos cuando había peligro de perder el dominio del poder público.

El resultado es que la oligarquía dominó al Estado omnímodamente y por ende a la vaporosa pasiva democracia nacional. Este poder ha sido reconocido explícitamente por el político más ducho en ardides electorales, Ricardo Jiménez Oreamuno, y uno de los que más dominio personal ha ejercido en la República. Un ejemplo lo demostrará: en 1932, invitado a presentar su candidatura por tercera vez por una verdadera corriente de opinión pública que veía con temor la llegada de un politiquero sin responsabilidad, pese a los reiterados ofrecimientos y a las manifestaciones populares renunció a su postulación, dejando que esa masa de opinión se desperdigase y buscase en las mediocridades execrables de la hora el candidato menos malo. En aquel movimiento de opinión, don Ricardo Jiménez Oreamuno notó la ausencia de los riquillos y de sus gamonales del interior y, no obstante su ambición de mando (que todavía ruge en sus ochenta y cuatro años de hoy), temió por el resultado. El sabía que el sufragio en Costa Rica, no era cuestión de mayoría sino de dinero. Pero como la contienda iba a desenvolverse entre un candidato de "liquidación" y un fascista declarado, los riquillos y sus delegados, los gamonales, fueron a ofrecerle la postulación. Y entonces, dos o tres meses más tarde no más, Ricardo Jiménez Oreamuno aceptó gustoso y encantado, porque se sabía ya presidente por el dinero de los riquillos. Esta es la lección objetiva de los buenos tiempos del régimen, hace apenas diez años.

Por la vigilancia, coacción y dirección de esa oligarquía, la vida económica y política ha caminado al compás de esa típica carreta de bueyes que deambula mansamente por las carreteras del país y sirve de motivo decorativo en los folletos de propaganda turística: los presidentes no han sido más que simples y primitivos administradores, salvo aquéllos que rescataron el honor del cargo, muy pocos,

porque los más eran sus seguros servidores o, en términos más claros, ellos mismos: del 1905 al 1940, para dar dos fechas indicadoras, la oligarquía ha sido Cleto González Víquez y, especialmente, Ricardo Jiménez Oreamuno. El "especialmente" significa que lo fué él, puesto que el presidente González Víquez, por su recóndito espíritu de democracia, no llegó jamás a ultrajar los principios fundamentales de la justicia moral.

Por qué no hay ejército.—El ejército dentro de todo Estado civilizado no es más que un órgano de expresión del poder público, garantía de los derechos ciudadanos y salvaguarda de la integridad territorial. En las democracias en vertebración el Ejército muchas veces se ha rebelado contra el Poder Civil, único poder en derecho. Y esto se ha visto reiteradamente en algunos países hispanoamericanos.

Costa Rica adquirió en el exterior una cierta aureola de país civil y democrático, por no disponer de Ejército, con lo cual suponen los ilusos que sin militares la autocracia o la dictadura no son posibles. Costa Rica suprimió el Ejército cuando la oligarquía dióse cuenta por propia y directa experiencia que constituía un peligro serio para la continuidad de su dominio. De manera que la ausencia de Ejército en este país resulta de la falta de conciencia nacional. El tico aceptó esa falla en su organismo social porque el Ejército implica un deber y supone, en la práctica, un servicio, un esfuerzo, una molestia. Costa Rica pudo escribir el mágico poema del 56 contra las hordas filibusteras que dominaban en Nicaragua y amenazaban la propia independencia, gracias a las milicias cuya organización perfeccionó el presidente Juan Rafael Mora por medio de militares extranjeros. Después, las milicias fueron decayendo y la oligarquía acabó por asfixiar su espíritu y acabar con su existencia a través de sus presidentes de confianza.

Esa supresión resultó muy costosa para la República. En 1921, para defender la línea fronteriza del Sur, establecida por el laudo White y que Panamá no quiso cumplimentar, sufrió tremenda humillación. A toda prisa y de cualquier manera se enviaron contingentes a la frontera adversaria. El crimen de Coto, obra del presidente Julio Acosta, otro vocero de la oligarquía, puso en ridículo al país y derramó la mejor sangre tica. Fuera de la literatura que se prodigó alrededor del trágico suceso, ese crimen de Estado no sirvió siquiera para exigir responsabilidades al presidente incapaz. Ni se enmendó la falta en lo sucesivo.

Por carencia del Ejército, de milicias—y ésta en Costa Rica cuenta con una sana tradición—este país ha tenido que aceptar siempre con bovina mansedumbre el querer adverso de los extraños, pese a todos los alegatos papeleros de los jurisconsultos, enderezados a salvar las apariencias de un decoro que no existía en el Estado, pues aquí, como escribió oportunamente el profesor tico Elías Leiva Quirós, "siempre hay argumentos legales para impedir la defensa de nuestros derechos de costarricenses cuando están de por medio los intereses de las grandes fuerzas del capital". Una nación que no posee la fuerza orgánica suficiente para hacer respetar su derecho, no puede ser conscientemente demócrata, porque la Democracia no puede vivir sin decoro público, cualesquiera que

sean las comodidades que tenga que sacrificar. Las colectividades sin honor están destinadas a morir. El pueblo bien quiso muchas veces, pero su "debilidad" ciudadana era ya tanta que no pudo obtener reparación: la oligarquía a medida que aumentaba sus capitales y podía tutearse con el capital extranjero, aprendió de éste a rebajar y diluir el espíritu patriótico del país. El eminente historiador Ricardo Fernández Guardia escribe al propósito: "Nuestro pueblo por instinto tiene una gran devoción a la libertad, pero no ha habido de parte de los gobernantes el deseo de mantener vivo aquel sentimiento de defensa nacional que a lo largo de todo el pasado siglo se evidenció en las milicias y milicianos".

El historiador reivindica la tradición miliciana del siglo pasado y afirma que la culpa la tienen "nuestros gobernantes". En lo que va del siglo sólo han ejercido influencia decisiva dos hombres: Los Licenciados Cleto González Víquez y Ricardo Jiménez Oreamuno, y dominio real y efectivo este último. Y éste, el eje central de la oligarquía y su representante más genuino y exclusivo después de su primera presidencia. Hoy sólo resta un cuadro militar de coroneles, tenientes coroneles, capitanes y tenientes de temporada, a los fines de las relaciones diplomáticas y corte del presidente integrado, en los días de los "ricardos", por los sobrinos, parientes o amigos del Jefe del Estado que no contaban con la suficiente instrucción para ocupar un puesto mejor remunerado en la administración. Y junto a este escalafón de baja realea, un puñado de soldados mal vestidos, peor alimentados y sin oficio ni beneficio emarcando aquella gloriosa bandera que paseó victoriosa por tierras de Centro América y barrió al filibusterismo esclavista cuando en lo alto del Estado había un hombre y habían milicias.

Instrucción, intelectuales y la mujer.—Tampoco emergieron en Costa Rica figuras de calidad continental. No existe un solo nombre tico en ninguna categoría del espíritu o de la ciencia. Y no se trata de un país de tontos, sino todo lo contrario: es en donde, dadas las características políticas y económicas reinantes, vive y se agita una nutrida minoría intelectual plena de inquietudes, mucho más numerosa y meritoria que en parte alguna. Los valores intelectuales que despuntan, y han sido y son muchos, sospechosos siempre y vigilados por el régimen de los "ricardos", vénse relegados a minúsculas posiciones de hambre. La brillante generación de los "cletos" adquirió relieve y tuvo oportunidades gracias a los presidentes Soto, Durán y Esquivel (singularmente el primero) que la adscribió y encauzó dentro de la administración capacitándola para el gobierno del mañana. Cuando desaparecidos aquellos hombres, los "ricardos" y "cietos" tomaron posesión del poder público heredado, ejercieron un monopolio antisocial y antinacional. Durante esta hegemonía los puestos se confiaron a los mediocres, a los sobrinos y últimamente a los especuladores y familiares. Durante más de treinta años toda capacidad y toda honestidad han sido alejadas de la administración y del gobierno, sistemáticamente eliminadas. En este gran lapso de tiempo florecieron capacidades de futuro en cantidad y calidad suficientes para levantar y solidificar el prestigio de cualquier gran país. Esta generación humillada y vejada de los itos (del disminutivo de muchos de los nombres de aquélla) ha tenido que vivir de las migajas que los poderosos Cleto y Ricardo de la oligarquía les lanzaban desde el poder para que no muriesen de asco o de miseria.

Nada se hizo tampoco por la moralidad y la cultura del país. La multiplicidad de escuelas ya es tradicional y viene de antes del régimen de los "ricardos". Pero no se ha pulido ni perfeccionado la enseñanza, siempre limitada a la primaria y muy defectuosa en la secundaria. Para los bajos menesteres de la política una Escuela de Derecho. Todo ello sin plan, método ni finalidad educativo-nacional. Puede decirse que desde la presidencia de don Bernardo Soto y merced a la iniciativa del ministro don Mauro Fernández, cuyas son la Ley Fundamental de Instrucción Pública y la de educación común que estableció la enseñanza primaria, gratuita y obligatoria más la creación del Liceo, Colegio Superior de Señoritas, Instituto Nacional de Alajuela y la Escuela Normal, nada se adelantó en la materia. No obstante los errores de la orientación escolar de aquel ministro, fruto de la época, su iniciativa e impulso educacional constituye la única nota de superación dada en los últimos años del siglo. Después del excelso don Mauro Fernández que bien puede parangonarse con los grandes educadores americanos y muy superior a muchos de los más celebrados, nada se ha hecho de sólido o serio, no obstante la manía pedagógica que aquejó al país. Por la voluntad de los "ricardos" la instrucción se convirtió prácticamente en una rama de la beneficencia pública. El régimen de la oligarquía obstaculizó e impidió la creación de la Universidad, reclamada insistentemente por los intelectuales y las clases cultas.

¿En dónde están los nombres positivos de esta larga y pesada etapa de hegemonía cleto-ricardista? En todos los países de nuestra América, tanto en los regímenes de democracia como en los de caudillismo, los valores en activo y en potencia de la intelectualidad ocupan puestos en la administración o en el servicio diplomático para que puedan, paralelamente a su trabajo oficial, desenvolver sus capacidades y producir fruto. En Costa Rica a pesar del ambiente mantenido por la oligarquía y contra la disimulada persecución del gobierno, en lucha titánica para subvenir a las elementales necesidades de su existencia, esa minoría intelectual ha logrado bellas obras de espíritu, de historia, de literatura, de arte, etc.

Esos nombres son desconocidos en América porque el Estado no sufragó ni ayudó jamás a publicar o divulgar esas obras.

El Estado ha becado durante muchos años y en forma deprimente y miserrima a muchos jóvenes para que fueran a estudiar carrera. La mayoría de éstos han regresado al país con una suma de conocimientos realmente extraordinaria, porque los estudiantes ticos han batido récords de superación en las universidades europeas de su formación, pero faltos de esa cosa tenue y sustantiva que se llama "cultura nacional". En cierto modo venían a ser una clase desarraigada contra su voluntad que, al regreso a la patria, sentía la nostalgia de sus años de estudiantado en el extranjero. Extraños a la propia tierra cuyos problemas conocían con bastante menos exactitud y objetividad que los de la nación en donde estudiaron. Una Universidad Nacional les hubiese dado personalidad propia y definida, espíritu científico, autoridad social y una mentalidad nacional como denominador. Esto lo sabían y veían, con clara visión de las personales conveniencias, los "ricardos", y por ello se opusieron a la restauración de la Universidad suprimida, ¡oh

paradoja!, por el único varón eminente a quien la República debe la base y la ley de su educación popular.

Este pueblo en decadencia por esa voluntad siniestra que lo ha gobernado, tiene siquiera la suerte de ser educado en su infancia por la mujer que en este medio abúlico es la fuerte, femenina, inquieta y bella imagen del pasado. La mujer tica integra la casi totalidad del cuerpo docente costarricense: equilibrio y armonía, intuición clara, percepción rápida, cerebración lógica y comprensión de problemas, situaciones y acontecimientos. Quisiéramos manejar con maestría el diccionario del idioma para volcar sobre su magisterio el adjetivo que pudiese calificarla como merece.

La "maestrita"—oh! terrible persistencia del diminutivo!—no posee la petulación pedagógica de la "argolla" que dirige la enseñanza desde la Secretaría del ramo. Es competente, con espíritu de sacrificio y exquisito sentido de su vocación. A pesar de la novelería blanca y verde, del cine y de los tanguismos que tantas olas de histeria desencadenan, la "maestrita" de Costa Rica se mantiene a la altura de su misión educativa. Si no ha producido mejor cosecha débese a la mala dirección y pésima organización de la instrucción pública. Para ello no hay más que tomar en comparación el ejemplo vivo de la "maestrita" de a cincuenta colones del interior remoto y el petulante inspector de a cuatrocientos que la fiscaliza de vez en cuando enviado por la Secretaría. Tan superior, ella, tan mezquino, grosero e incompetente él!

En el plano de la actividad social, también la mujer ha vencido al hombre. Lo poco que aquí hasta ahora se hizo en higiene y beneficencia, a la mujer se debe. Todas las instituciones de esa índole son dirigidas por ellas, ya que el hombre es un complemento obligado por las circunstancias de esta política. A la mujer la hallaréis en servicio activo por doquier, en ministerios, oficinas y tiendas. Esta mujer de Costa Rica no es el animal de lujo que se desprende de esa literatura violenta de turistas intelectuales o de cronistas de sociedad, sino el espíritu sanamente varonil de esta primitiva democracia.

Hasta en la política aparece con fisonomía propia y superior. No queremos enumerar las figuras destacadas en Costa Rica, porque esta síntesis no lo permite. Nos limitaremos a recordar la figura de Carmen Lyra, precisamente por tratarse de mujer con la que no nos une ninguna afinidad política y pertenecer su acción a los años del régimen. Era dama con inteligencia, vocación educativa y con llama viva y cordial de humanidad. Por su apostolado reparador fué perseguida por el régimen de los "ricardos" y por la "argolla" de los "lichos" y otros pajarracos intelectualoides del magisterio nacional.

Ahora bien, ¿qué vale ni qué representa a su lado, por ejemplo, el líder Mora, su compañero de causa? Este, el pedante seco y adusto, fanático de la ciencia económico-marxista que se le indigestó y sin darle ese calor de humanidad ni ese caudal de emoción que sabe ponerle Carmen Lyra. El, un torturado asimilador de lecturas heterogéneas; ella, un alma de vuelo genial, de corazón verdadero, pleno de sinceridades y de sacrificios, de sensibilidad femenina que sabe decir las cosas cuándo y cómo deben decirse mientras que, su óseo y ambicioso compañero, el desgarbado de una causa que para triunfar en este medio requiere de mucho sentido.

Y posee otra calidad la mujer tica. No obstante ser el eje económico de muchas familias, no obstante el agobio de su actividad "trabajada" por el medio, vereisla siempre alegre y optimista, sano el espíritu, poniendo una nota de color en el conjunto gris de esta humanidad amorfa y un grito de esperanza en el desespero del vivir real. Y encima, se viste, acicala, cuida y desenvuelve con moderna elegancia y con un sabor a la tierra que es bálsamo para el viandante.

El campesino.—La población de Costa Rica no pasa de los setecientos mil habitantes, y la ciudad más poblada, San José, no llegará de mucho a los cien mil. El fenómeno social "masas" no podía producirse mayormente no existiendo industria de volumen en el país. Existe, regada por el interior campesino, una mayoría de labradores y una muy limitada minoría de pequeños propietarios, los gamonales del campo, delegados de la oligarquía central.

En la capital pulula un núcleo crecido de artesanos de todas las industrias caseras y cuya situación económica es precaria. El primer diputado comunista por San José fué, hace ya algunos años, un zapatero, desde luego más inteligente que el leguleyo que los dirigía. En los barrios extremos vivía, en condiciones infra humanas, un proletario olvidado del gobierno y de la sociedad.

El tipo nacional de este país es el campesino, o sea, el allí llamado "concho". El régimen de los "ricardos" le arrancó la reciedumbre ancestral y original hasta convertirlo en el resignado de los cuarenta años de este siglo. Este campesino prisionero de la tierra, perdida aquella masculinidad ejemplar y sencilla que no gastaba de alardes pero que sabía "plantarse" cuando la ocasión lo valía, necesita de un taumaturgo que le ponga por delante horizontes claros y halagüeños y hasta le empuje a la fuerza. Es libre quien puede y sabe escoger entre dos caminos y aquí no existe más que el trazado por la oligarquía y el Estado su más seguro servidor. Uno de sus hombres puros, Jorge Volio, ha escrito: *"La única preocupación costarricense, es comprar y vender, hacerse del cinco de cualquier manera: vivir, pasar la vida... aquí no hay patriotismo, ni religión, ni amistad, ni nada, absolutamente nada que levante el alma y la expansione en las divinas esferas del pensamiento"*.

El campo de Costa Rica es triste. Doquiera una quietud y silencio medioevales dando al forastero la impresión de que el cielo cae pesadamente sobre los hombros del caminante. No se oye el acorde de una guitarra ni la sonora carcajada del grupo familiar o amigo en charla... al atardecer veréis a los campesinos regresar a la casa, a paso seguido, cara al suelo y sin que sus labios musiten una canción de la tierra, que es la flor del corazón. En grupo, sea en trenes o autobuses, jamás los oiréis hablando de amor, de fiesta ó mirando al divino paisaje que les regaló Natura... sus conversaciones siempre sobre el mismo tema: los frijoles a tres, el arroz a cuatro, el café no cubre, los beneficiadores pagan poco. Y es lógico que así sea porque en el trabajo del agro tico no hay alegría ni alimento ni libertad para el pobre. ¿Puede extrañarnos que no posea música propia? Más allá de la frontera, en donde el destino hila la tragedia sangrienta de las luchas de las masculinidad vital, se escucha en las noches de paz la gaya marimba que enternece y a través de la cual el pueblo dice su poema de vida entera y canta el aleluya de su resurrección próxima; aquí una masa campesina que dá la im-

presión de estar totalmente fellahizada, pero por culpa de un régimen que le entretuvo con sensiblerías patrioteras, que la deformó con una educación que se regodea en producir narcisos intelectuales y con un sistema que le muestra su historia como estímulo o lección para la vida futura, sino como espejo ideal en el cual debe mirarse y remirarse para sacar copias, no modelos ni arquetipos.

Los hombres de la Dictadura Civil.—No obstante lo dicho, hasta 1905 la oligarquía tuvo cierta flexibilidad y espíritu de progreso: la evolución era lenta y cautelosa, pero había evolución; tomaba muchas precauciones, pero permitía ciertas filtraciones y avances. Para salvar al país del resbalón definitivo hacia la decadencia, hacía falta un modus operandi nuevo basado, naturalmente, en una nueva y más fresca cerebración de los movimientos democráticos universales y de la capacidad potencial de Costa Rica que, entonces, dentro de la consabida mediocridad o pusilanimidad oficial, cabía desarrollarla honestamente, ya que si venía de tiempo recortándosele el vuelo, conservaba intactas las fuerzas morales.

La esperanza no se había perdido porque a pesar de la tacañería de los viejos, la Oligarquía había otorgado puestos de capacitación a la generación en flor y de entre ésta a los dos hombres mejor dotados y más conspícuos de aquélla: los Licenciados Cleto González Víquez y Ricardo Jiménez Oreamuno, disímiles ambos en formación, cultura y temperamento; hijo el primero de una familia pobre del campo herediano, de una cartaga hacendada, el segundo, quien reivindicó para sí la descendencia del Adelantado Vázquez de Coronado. Ganó la primacía, en el tiempo, González Víquez llevado a la Presidencia (1906) como más seguro: los pobres de esta democracia sentimental suelen agradecer y corresponder mejor que los hijos de familia. El presidente González Víquez, hijo del pueblo pero siempre educado, fino y amable, le huyó a las truculencias retóricas y a las palabras gruesas. En su ilusión democrática intentó continuar la tradición de gobierno que heredaba mejorándola moderaramente.

Ricardo Jiménez Oreamuno, el postergado para el primer puesto, cayó sobre el presidente novel y humilde con todo su ímpetu de su demagógico oportunismo golpeando fuertemente la dormida fibra patriótica del pueblo, quien, eterno ingenuo del pasado, creyó llegada su hora. "Debo empezar por decir—escribió Ricardo Jiménez para "La Tribuna" de San José, el 9 de julio de 1942—que mi primera candidatura a la Presidencia de la República cogió mayor vigor por una violenta campaña mía hecha en el Congreso contra la United Fruit Cº: compañía americana". A confesión de parte... Los tiempos estaban maduros para el cambio y nada lo evidenciaba tanto como esa compacta y fervorosa mayoría que se escurría de la cerca de la oligarquía para seguir la senda del nuevo Mesías. Este Jiménez, hijo de familia pero agrio de palabras, desgarbado en el gesto, sarcástico y refranero, supo atrapar al pueblo en la única forma que éste podía entender. Potro indomado en la cacharrería del Congreso, quebró los frágiles tiestos de la tienda de don Cleto, que eran los tiestos de la Oligarquía. Y se hizo dueño de aquélla, alcanzando la codiciada Presidencia (1910) por virtud de sus magníficas artes. Se había vengado de la Oligarquía y del hijo de familia pobre que se le había adelantado, destruyendo en éste su simple fe democrática. Es de su primera etapa de gobierno que el jurisconsulto González Víquez se hizo

escéptico de todas las virtudes civiles, de todas las realizaciones democráticas y de todas las reivindicaciones ciudadanas, pero conservándose siempre hasta la muerte, varón ejemplar, ciudadano honesto y amigo acogedor y hospitalario en esa su tertulia íntima y sabrosa de los años pasivos.

El Catón de la nueva moral predicada y del patrioterismo ardiente subió al poder precedido no sólo de la quiebra de los valores políticos del pasado. sino de la más tragica que acarreó el tremendo terremoto de Cartago que se recuerda todavía. Enterró a la "Corte de Justicia Centroamericana", instituída para resolver los conflictos entre las hermanas repúblicas, y así, sin trabas ni protocolos, resolver a su libre juicio los problemas internos y exteriores; no en vano se había adueñado del patio por la voluntad soberana del pueblo.

Ricardo Jiménez Oreamuno, rico, abogado, escritor, orador, presidente y amo de la calle, pudo llevar a cabo la transformación que el país necesitaba y requerían los mejores y los nuevos. Pero no fué así: él no quiso más que desquitarse del supuesto agravio a su linaje y alcurnia inferidos por la Oligarquía al posponerlo a don Cleto. Además, para transformar o reformar un país, requiérense ciencia y conciencia, fe profunda y emoción humana y don Ricardo, de sus estudios jurídicos sólo practicaba los procedimientos leguleyísticos; de sus lecturas sociales o políticas, los dichos de los grandes hombres, como cualquier Pío Luis del solar con su álbum de frases célebres; la disipación de su juventud, el juego y los gallos marchitaron la frescura de su espíritu y barrieron de su alma la honesta emoción de hacer el bien por el bien. Y arriba, no pensó más que en sí mismo y en su dominio posible y conociendo a la Oligarquía, y ésta a Jiménez, establecido quedó el pacto; nada hubo en su primera presidencia, salvo las socorridas obras públicas. La Oligarquía comprendió, y es de entonces que lo acató como jefe supremo, resultando más intratable que aquélla, más taimado y exigente por ambición del propio yo y más cínico porque tronchó sin motivo ni necesidad esa flor de ilusión y de esperanza del pueblo entero que se le entregó sin reserva de ninguna clase.

Es entonces que comenzó la caída vertiginosa de Costa Rica, su desmoralización social, su falta de firmeza civil y sus relajos de acoplamiento que la llevaron inerme a la dictadura de los *Tinoco* (1917-1919), empujada por la propia Oligarquía que se sintió amenazada en sus intereses económicos por el intento tributario del presidente *González Flores,* a quien siempre odió Ricardo Jiménez por pura vanidad y egolatría, y a cuya caída coadyuvó la "sociedad tica". Más allá de la línea fronteriza del Sur se formaron las milicias de la Revolución que acaudillaron *Alfredo* y *Jorge Volio,* para oponerse a la Dictadura despótica la cual, después de una orgía de millones y de negocios, sucumbió barrida por la mujer tica, la Revolución apoyada en este caso en la resuelta y obstinada negativa del Presidente Woodrow Wilson a reconocer el despotismo tinoquista.

Fallecido en tierra extraña el jefe de la Revolución antes del triunfo, la presidencia pasó al bien aprovechado del exilio don *Julio Acosta,* durante cuya administración perpetrose el crimen nefando de Coto que le fué perdonado por su gran respeto de la Oligarquía. Habían ya sucedido bastantes calamidades para que don Ricardo Jiménez, sagaz aprovechador de toda incidencia política, no

volviese al Congreso con su tronar gordo de demagogía e iracundia patriotera. Para evitar quiebras, la Oligarquía suscitó dos candidaturas: la del buenísimo e inocuo Alberto Echandi, de la alta sociedad en activo, y la del mismo Ricardo Jiménez: así no cabían peligros...

Pero el pueblo tuvo también el suyo: *Jorge Volio*. La mayoría "fabricada" favoreció con el primer puesto al Licenciado Echandi y con el segundo al Licenciado Jiménez, en favor del cual decidió el Congreso. Los votos obtenidos por el Partido Reformista (Volio), le fueron aplicados mediante pacto, al cual débense algunas de las mejoras y avances de la segunda presidencia Jiménez Oreamuno (1924-1928). Esta vez quedaba compensado en su ambición. se adelantó a González Víquez y anuló para siempre al caballero Alberto Echandi.

Pero había nacido y crecía vertiginosamente un nuevo enemigo de sus vanidades de mandón: Jorge Volio. Y dióse a perseguirlo sañudamente, ya dueño del poder y con la plena asistencia de la Oligarquía hasta el intento criminal de eliminarlo físicamente de la vida civil, lo cual logró temporalmente en una de las tretas más infamantes de la truhanería política que registra la historia de los despotismos hispanoamericanos. Asegurado firmemente su dominio, comprendió con su gran intuición que ya Cleto González Víquez no trataría de independizarse, y traicionando a su pariente y jefe de acción de su grupo, el Licenciado Carlos María Jiménez, que lanzó a la lucha electoral, pasóle el poder al primero, de nuevo presidente (1928-1932), pero ya sin voluntad. Fué este gobierno infortunado por todos conceptos: crisis mundial de la post-guerra, inmoralidad nacional que rompió con la valla de todas las fórmulas y convencionalismos, descrédito económico. Don Cleto no pudo contener el mal, pues su temperamento blando y su gran indulgencia hiciéronle ignorar y perdonar toda demasía. Su arraigado escepticismo culminó serenamente todas las trampas y desafueros. No obstante, a impulso de su sana e íntima democracia, quiso abrirle una rendija a los nuevos jóvenes incorporándolos a su gabinete en calidad de subsecretario de Estado. No era mucho lo que les permitió, pero siquiera evidenció el renacer de la generosidad extraviada o el arrepentimiento no por tardío menos sincero y respetable.

Y vuelta al ruedo del Licenciado Ricardo Jiménez Oreamuno con su tercera presidencia (1932-1936), que alcanzó con el dinero contante, sonante y por adelantado de los riquillos y cierto concurso minoritario de ciudadanía consciente que creyeron ver en esta última salida del "brujo del Irazú", un pretexto para dar entrada en el Gobierno del país a las generaciones que había contenido y sacrificado a su egolatría y ambición personales. Pero don Ricardo no es de los que se arrepiente nunca: su soberbia ingénita se lo impide. Es como una segunda naturaleza más fuerte que la heredada de su noble y santa familia. El nepotismo más descarado destacó su última administración; persecusiones y atropellos de una parte, escándalos y tolerancias de otra; retorcimientos de códigos, leyes y reglamentos para cometer, dentro de la ley escrita, la máxima injusticia y la máxima iniquidad. Esa figura cimera del pensamiento democrático de nuestra América, el líder de la reforma social en Costa Rica, Jorge Volio, al retirarse, misión cumplida, a la vida privada escribió, entre otras, las siguientes frases de juicio sobre los dos presidentes en alternativa: *"Me voy sin amargura, pero antes de*

irme quiero decirles algunas cosas que talvés sirvan para que las aprovechen los hombres de las nuevas generaciones que no han sufrido de la influencia siniestra de estos dos viejos patriarcas, don Cleto y don Ricardo, que la Historia enjuiciará severamente como encarnaciones del tipo más cruel y refinado de los tiranos hipócritas. Ellos han arruinado, sistemáticamente, creando una represa y negándose a ayudar a los elementos de inteligencia y de valer, a tres generaciones. Encarnan todas las virtudes de la negación; les ha faltado grandeza de alma para dar estímulo a la juventud y adiestrarla en los menesteres del gobierno. Han usado el poder precisamente para detener, para su conveniencia, el proceso evolutivo de la democracia, creando el estancamiento favorable a su creciente ineptitud. Todo lo sacrificaron a su egoísmo y a su generosidad. Especialmente este don Ricardo Jiménez, que tan desdeñoso se muestra del juicio de las generaciones venideras, que se ríe y hace gesto desdeñoso de sus contemporáneos, ha sido el negador por excelencia. Jamás ha sido partidario de nadie... Señalo la inconsecuencia como típica de este hombre sin alma que ha ahogado para la vida política a tres generaciones, porque para él lo esencial ha sido impedir que alguien surja, y aun cuando por su talento podría haber brillado entre soles, prefirió brillar entre luciérnagas. Ha sido el espíritu negativo de Calibán. Ignoró como los topos la luz que nace del espíritu de Ariel"

Todavía en 1940 intentó, en acto de desespero, atajar la entrada a la Presidencia a un joven renovador y dinámico, de ideología democrático-cristiana--el actual Mandatario del país—por su viejo rencor al doctor Calderón Muñoz y a su ideología e incorruptibilidad. No pasó del deseo: tuvo que retirarse a sus soledades. A la democracia tica se la puede engañar hasta dos veces y sorprenderla una tercera, pero pese a las lentitudes y contradicciones de su andar, es mucho ya lo caminado para atraparla en una cuarta. Porque si en la segunda y tercera pudo llegar por el poder y el dinero de la Oligarquía, ¿qué le quedaba para esa cuarta intentona? Que no fueran sus candidaturas de 1924 y de 1932 populares, el propio Ricardo Jiménez lo confesaba en mayo del año pasado. "Una dirección más acertada de las fuerzas que se me pusieron por delante me hubiera relegado en esas campañas al segundo si no al tercer puesto... Esos números, repito, demuestran que la popularidad mía, de que muchos hablan, es una simple leyenda". Y razón le sobra: popularidad tuvo en su primera candiatura y la destruyó a plena conciencia en su posterior presidencia, que una cosa es en política perder popularidad por obra justa o acertadamente a causa de la incomprensión de la masa, y otra muy distinta destruirla fríamente, a sabiendas, por así convenir a su egoismo personal. No es popularidad lo que tuvo después de 1910, sino dominio absoluto ejercido a beneficio de la Oligarquía, monopolio del poder, y así evitar la entrada en la política positiva a los hombres de opinión y de progreso.

Y abunda en la verdad cuando desmiente a un amable historiador tico que vive todavía del embrujo ricardista. "De manera que hay un poco de mito en eso de mi popularidad y no puede admitirse que sea yo, como lo dice Bonilla, una especie de símbolo del pensamiento de los costarricenses. No he sabido interpretar el sentimiento de mis compatriotas, sino tal vez en raras ocasiones, y no precisamente en los últimos años en que el país piensa de otro modo que como yo pienso".

Si por pensamiento se refiere al instinto democrático y al anhelo de civilidad y de avance que palpitaba y latía en el seno de la sociedad y que eran verdaderos antes de su ominoso y oscuro dominio, cierto es que no lo ha interpretado y dice bien, porque su labor, toda su labor consistió en negarlo, contradecirlo y asfixiarlo hasta donde posible. Otra clase de pensamiento no pudo haberlo en Costa Rica ni el mismo don Ricardo tan leído se había elaborado ninguno, ni aún para sí. Y en cuanto a los hombres que sí tenían pensamiento, los Jorge Volio, los Mario Sancho, los Calderón Guardia, por no citar más que a las tres tendencias más definidas, concretadas en individualidades selectas y destacadas, procuró barrerles el paso por todos los medios, los legales incluso, imposibilitando a la par—finalidad suprema—la natural evolución de Costa Rica y su bienestar y seguridad colectivos.

Diputado, Secretario de Estado, Presidente del Congreso, Presidente de la Corte Suprema, tres veces Presidente de la República—el único tico que ha ejercido la Presidencia de los tres Poderes—después de ochenta y cuatro años de existencia, sesenta de política activa y más de treinta de dominio irrestricto, Ricardo Jiménez Oreamuno tiene que confesar su gran fracaso ciudadano. "Me encuentro aislado... Mis compañeros son esos dos bustos, Voltaire y Lincoln". En este su reporteril afán de fortaleza senil, que ya no existe, la reciprocidad a los dos inmortales no es más que pura pose para campesinos lejanos: al primero, espejo de su conducta, le debe sus elogios a las libertades y su entronizamiento de despotismos, su no creer en nada ni en nadie que no sea él mismo y su envilecer la amistad, denigrar el servicio y rebajar la virtud. Pero no supo imitarle ni en el vuelo del pensamiento ni en la finura o elegancia de la forma maravillosa. A Lincoln le retribuye todo su refranero democrático, pero aún en busto aquel gran Presidente estadounidense debe sentirse algo incómodo en el claro oscuro de este bufete de leguleyo: Lincoln libertó esclavos, emancipó conciencias, iluminó inteligencias, derramó doctrinas y brindó conducta a todos los hombres grandes y pequeños. El Presidente Jiménez, ahogó libertades, sometió conciencias, mancilló conductas y persiguió inconsultamente por puro cálculo y conveniencia.

... En la Biblioteca Nacional de San José cuidadosamente ordenados y guardados por los buenos oficios de quien fuera su buen amigo y compañero, Buenaventura Casorla, están todos los escritos y reportajes del Licenciado Ricardo Jiménez Oreamuno. En ellos está su vida pública, el exterior de su alma, todo su pensamiento político transcrito fielmente (y revisado por él mismo), por sus tres hijos espirituales, sus tres "pares", salvo en la jerarquía oficial: Caldera, Muñoz, Vargas Coto. Allí está cuanto ha producido ese ingenio fértil en marrullerías y abundante en desplantes. Y con lo suyo, las frases célebres de todos los grandes de todas las épocas y de todos los continentes... para defender pequeños actos de administración alcaldicia o combatir los intentos de los demás. Ambicioso, duro y cruel. Violento, sin equilibrio interior, sin gracia en la faz. Mentira sus palabras, mentira sus obras y mentira sus silencios. A la política trajo nombres nuevos, pero no nuevos hombres. Y encumbró a la mediocridad y a la estulticia precisamente para humillar a los valores positivos del país y rebajar a la República en su conceptuación internacional. Del mismo barro, tal vez, que el inmortal "concho" de Aquileo J. Echeverría, pero sin su finura, su bondad y su gran temperamento

y comprensión, ni su vuelo infinito hacia la altura de un cielo puro e ideal; el "concho" Jiménez vivió siempre a ras de tierra, babeando en la charca inmunda de todas las pequeñeces y miserias humanas.

... Cleto González Víquez, consagró los días de su pasivo discurrir por la política a la historia patria: de los excelsos del pasado subrayó los destellos de su grandeza, de su gloria y de su honor nacionales; para los mediocres de todos los tiempos, el manto augusto de su fría piedad comprensiva. Hombre de equilibrio interior, blando por desengaño, bueno por instinto y suave por tico, jamás persiguió ni oprimió. Dejó de hacer, pero no pecó contra el Espíritu.

JORGE VOLIO Y LA DEMOCRACIA REFORMISTA.—Pese al dominio de la Oligarquía y a la vigilancia de su gendarme, el presidente Jiménez Oreamuno, los obreros organizados de la capital y un pequeño núcleo de intelectuales jóvenes fundaron el primer grupo político permanente de acción e ideología: el Partido Reformista. Su historia es la de su jefe: Jorge Volio. Es de éste que preferimos hablar, ya desaparecido el partido, porque en realidad fué el gran sembrador de la idea democrática en el país en su sentido esencial, o sea el social. La semilla en el surco no se malogró del todo. Y gracias al apostolado social y de justicia distributiva que predicó Jorge Volio, ha sido posible, hoy, por las realizaciones del Doctor Rafael Angel Calderón Guardia, el florecer de ese pequeño "new deal" costarricense insospechado apenas hace tres años.. .. .. .